

## SEMINARIO “SOBRE LA HOSPITALIDAD”. Grigri Pixel Octubre 2019.

*“Le visage de l'autre (...) me révèle à moi-même”.  
Fanon, 2005 (en Mbembe, 2018)*

*“Casa nostra és casa vostra,  
si és que hi ha cases d'algú”.  
Jaume Sisa 1975*

Al final de la II Guerra Mundial, había siete muros o vallas en todo el mundo que impedían el tránsito poblacional entre territorios. Hoy en día, mientras los Trumps y Salvini de turno invitan a hacer América o Italia grandes de nuevo y amenazan con construir un muro en la frontera entre México y USA o impiden que los barcos de rescate atraquen en sus puertos, criminalizando la acogida con la complicidad de toda la comunidad internacional europea, quien paga a países en conflicto y sin las garantías humanitarias básicas para que guarden celosamente sus fronteras, contamos con setenta y siete muros y vallas alrededor del mundo, la mayoría erigidos después del 11 de septiembre del 2011.

Pero estos muros y vallas físicos también tienen su correlato a nivel práctico y discursivo, ideológico. Al tiempo que en el ámbito político general hay una vuelta a los identitarismos más esencialistas, a escala internacional proliferan los independentismos y resurge la derecha más xenófoba y racista, defendiendo la unidad nacional mediante el refuerzo de las fronteras y tomando como chivo expiatorio de problemas estructurales al extranjero migrante y empobrecido. A escala local, al interior de las ciudades, también aparecen otras fronteras socio-económicas con repercusiones directas y desiguales sobre los cuerpos.

En el caso de Madrid, se dibuja una frontera Norte-Sur que, dependiendo del barrio donde se viva, impone una esperanza de vida de hasta 10 años de diferencia. Cifra condicionada por la renta anual, que llega a ser más del doble (52.600€) en el barrio con mayor esperanza de vida respecto a la del barrio con menor (20.885€). Las dificultades en el acceso a la vivienda y el encarecimiento del precio del alquiler, con un incremento del 49% en Cataluña y del 27% en Madrid en los últimos cuatro años, también provocan desplazamientos forzados al interior de la ciudad o incluso expulsiones, fuera de ella.

En este contexto de crisis no ya migratoria, sino de respuestas de los Estados Nación al hecho natural de migrar y desplazarse por el mundo, tal y como se ha venido haciendo históricamente, y en un momento en el que las vidas son puestas en circulación permanente para su capitalización máxima, mediante la precarización y desalojo de nuestros espacios y tiempos más íntimos, la edición Grigri Pixel 2019 quiere explorar de manera colectiva las posibilidades de reactivar y recuperar en la ciudad de Madrid, y en el barrio de Las Letras, donde se ubica Medialab Prado, espacios físicos y sociales de encuentro que hagan posible el reconocimiento mutuo y la creación de “mundo común” entre quienes lo habitan, sin importar la antigüedad o duración de su estancia, con el fin de convertirlos, aunque sea momentáneamente, en lugares de acogida donde sentirse comunidad, “vecinas”.

Para ello, proponemos tomar como eje de trabajo para nuestros talleres y reflexiones **la práctica de la hospitalidad y la figura de vecinas (en comunidad)** como sujeto colectivo cuya potencia radica en el hecho de “avecinarse” a un territorio, compartirlo, habitarlo, definirlo y darle vida desde la práctica y el presente común, sin importar el origen de cada cual. A través de **una colaboración múltiple entre Medialab Prado,**

**SERCADE y la Asociación de vecinos y vecinas del barrio de Las Letras**, queremos plantearnos una serie de preguntas comunes y proponer un programa de acciones, talleres y seminarios que, a lo largo del año (en mayo y junio, con una serie de talleres en SERCADE y el conversatorio entre Marina Garcés y Felwine Sarr) y ahora, en octubre (con el taller de construcción y el seminario), nos ayuden a responderlas parcialmente y a acercarnos un poco más a nuestro objetivo. Es por eso que este texto-marco es fruto destilado de los encuentros y reflexiones anteriores pero funciona en tránsito: ahora mismo es un momento puntual de compilación y síntesis de las múltiples voces y lecturas que nos han ido acompañando pero espera ser puesto de nuevo en circulación, mientras es interpelado, respondido, desplazado y ampliado con las voces de quienes vienen llegando.

\*\*\*\*\*

El marco de la hospitalidad y los gestos de acogida nos resultan muy útiles para trabajar los espacios urbanos comunes porque exigen abrir(nos) y dar espacio y lugar a aquello aún por conocer, a lo desconocido, lo aparentemente distinto, extranjero y extraño, pero que promete un encuentro transformador. O cuanto menos, disruptivo.

La hospitalidad entonces, no es únicamente la práctica de acogida del extranjero, sino de todo aquello diferente, outsider, que surge en los márgenes de una sociedad o en los límites de nuestro pensamiento. Allí donde hasta ahora terminaba lo posible.

Por eso, partiendo de una confianza inicial y sin garantías (no sabemos qué resultará del encuentro), la hospitalidad nos ayuda ampliar los posibles, a identificar nuestras propias fronteras, límites, jerarquías, prejuicios, asunciones y miedos para interrogarlos, cuestionarlos, intentar atravesarlos, crecer y abrírnos, no sin dificultades, al aprendizaje mutuo y al (auto)conocimiento mediante la interpelación y el desplazamiento de nuestros respectivos puntos de partida: geográficos pero también “de vista” y de privilegios.

La práctica de la hospitalidad es exigente: supone aceptar “intrusiones” y asumir ciertas renunciadas e “incomodidades” muy oportunas. La primera, la principal, la de estar dispuestas a afectar y ser afectadas para salir(nos) de sí, de nosotras mismas y lo que considerábamos nuestro espacio de seguridad. También a nivel de pensamiento e identidad. La promesa del encuentro con los otros es el cambio y la transformación: de nosotras mismas, de nuestras comunidades y mundos comunes.

Este encuentro y aprendizaje CON el otro y DEL otro funciona como un juego de espejos que nos arroja luz sobre zonas oscuras y desconocidas de nosotras mismas. Así que reconocer al otro, al diferente, también significa reconocerse a mí en el otro. Por eso, “el anfitrión que acoge, que se cree propietario de los lugares, es en verdad un huésped recibido en su propia casa”, diría Derrida. O más bien: “no se trata de integrar al otro, sino de extrañarnos a nosotros mismos”, sugería Marina Garcés.

***¿Qué opera como “lo extranjero”, lo extraño y distinto a nosotros mismos?***

***¿Qué es “lo otro” en nuestro contexto y momento actual?***

***¿Cuáles son los “puntos de partida” - prejuicios, asunciones y miedos - que, como individuos, como comunidades o como institución pública, necesitamos revisar, extrañarnos y desplazar?***

En la mismidad y el cierre de todo tipo de fronteras corremos el riesgo de aislarnos y ahogarnos por falta de exterioridad, novedad, alimento (de todo tipo) y diferencia. Paradójicamente, el miedo al otro y a lo desconocido, tan frecuentemente capitalizado como herramienta de odio, provoca ese cierre, expulsión y aislamiento que trae el

peligro de acabar (por inanición y aire fresco) con uno mismo y con la identidad fijada y estática que se pretende preservar. Sin embargo, todos los seres -humanos y no-humanos-, vivimos en radical interdependencia y estamos arrojados al exterior desde una vulnerabilidad y apertura que nos atraviesa y constituye, que nos conecta al resto. Por esa porosidad y apertura constitutiva se cuelan los peligros, pero también lo que nos salva y nutre, por donde crecemos y ampliamos nuestros horizontes, por donde reinventamos nuestro auto-concepto. La "imaginación cosmopolita", dice Delanty (2006), prospera en ambientes donde es posible operar una apertura entre uno mismo, los otros y el mundo.

Felwine Sarr apuntaba que las prácticas de hospitalidad son prácticas de cuidado de esa vulnerabilidad que nos atraviesa y de la fragilidad temporal que nos afecta en un momento dado por el hecho de haber perdido, con el desplazamiento y la migración, el cuerpo social que nos sostenía y arropaba. Por eso, esta vida frágil y esta pérdida de cuerpo social no es algo exclusivo de quien llega a un lugar, sino que cualquiera somos susceptibles de fragilizarnos, precarizarnos y despojarnos de nuestros apoyos y redes en un momento dado.

Más aún en un contexto de mercantilización intensiva de las vidas, tiempos, espacios y ciudades. Todos somos potencialmente expulsables (de nuestras casas, trabajos, ciudades, países...). Así que ese "otro" acogido podría ser "yo". Somos "nosotros". Desde esta experiencia de interdependencia y superación de las individualidades, lo que haga al otro, me lo estoy haciendo a mí.

Si la distancia del yo al otro se va acercando, si la distinción entre el yo y los otros se va diluyendo y emerge el "nosotros" plural, entonces la hospitalidad nos lleva a la construcción de comunidades, de mundos comunes y casas sin amo,..."si es que hi ha cases d'algu", como cantaba Sisa.

***¿Qué nos fragiliza y amenaza? ¿Cómo acoger "en camino", mientras nos desplazamos?***

***¿Cómo facilitar en lo concreto -a nivel barrial y de ciudad- esa apertura que nos conecta con los otros?***

***¿Qué lo impide u obstaculiza?***

La hospitalidad que enmarca al Grigri Pixel 2019 busca ser una práctica cosmopolita que da por hecho la libertad de movimiento y que nos iguala en el derecho a la diferencia y a acceder, transitar, estar y permanecer en un lugar. Pero acogernos y dar(nos) un lugar no se refiere únicamente a brindar y recibir espacio físico y geográfico, a tener un techo; sino también a poder transitar y habitar por tiempo identidades comunes y lugares inter-subjetivos acogedores e inclusivos, que sean "casa" - hechos de experiencias, cuerpos, memorias, imaginarios compartidos...-. Hacer(nos) un lugar común y sentir que pertenecemos: partir de sí para salir de sí y devenir (nos)otros.

Si no se reduce progresivamente la alteridad y la extrañeza hacia los otros, sino nos aproximamos hasta llegar al "nosotros" común, entonces se corre el riesgo de caer en una noción infinita de alteridad, nos recordaba Sarr. ¿Hasta cuándo el otro va a seguir siendo el otro? ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para dejar de ser "migrante"? ¿O acaso el hecho de haber migrado en un momento me convierte en eterno migrante?

Acoger entonces no es simplemente dar mi techo a otro y ser amable con él, acogerle, sino reconocernos iguales en nuestras diferencias y darNOS, en plural, el tiempo y el espacio, la oportunidad, para vincularnos, aprender a vivir juntos e ir decidiendo

conjuntamente los modos de vida que regirán nuestro mundo (en) común. Activar otras condiciones de existencia entre todas y para todas para así crear las comunidades que nos sostienen es el propósito de la hospitalidad. Marina Garcés nos invitaba a conjugar simultáneamente los verbos LLEGAR + ACOGER + DECIDIR para poder articular políticamente las prácticas de la hospitalidad.

Quizás entonces logremos co-crear mundos comunes no en base a nacionalidades y Estados Nación, sino “comunidades de lo vivo”, como apuntaba Felwine Sarr. Comunidades cuyo rasgo común vertebrador no sea el origen (siempre aleatorio y excluyente) sino el destino común al que nos abocamos todos los seres – humanos y no humanos- que co-habítamos en un mismo ecosistema: casa, barrio, ciudad, mundo...

***¿Cuáles son las condiciones de existencia que necesitamos para fundar comunidades de destino y no de origen?***

***¿Cómo generar cotidianamente espacios acogedores y barrios hospitalarios,... pero también identidades colectivas plurales e inclusivas?***

***¿Cómo hacer del barrio o la ciudad una “casa” común?***

Hospedar implica realizar gestos y prácticas éticas. Como en la cultura celtíbera, donde a través de las téseras - que eran placas de bronce con formas zoomorfas o de manos entrelazadas compuestas por dos piezas complementarias que encajaban entre sí y que se entregaban a cada una de las partes implicadas – se sellaba un compromiso o pacto de amistad para el ejercicio de derechos, prestaciones, permisos u obligaciones mutuas, muchas veces en relación al uso de las tierras. Y así, sin necesidad de apelar a una moral superior o a un Estado exterior regulador, a través de las téseras de hospitalidad, se materializaba un reconocimiento mutuo, horizontal, singular, concreto y situado, ético, de tú a tú.

Sin embargo, la hospitalidad no puede ser una virtud o gesto ético a nivel individual, un favor de uno hacia uno. Eso no es suficiente. Cuando se criminaliza la acogida y los Estados Nación no dan respuestas hospitalarias, nos vemos obligados a hacer más que las propias leyes. Pero hemos de aspirar a pasar de los gestos y favores individuales a la construcción de un sujeto político colectivo y a la construcción de dispositivos legales que permitan trascender la individualidad y convertirse en condiciones seguras para que cualquiera pueda tener el derecho a llegar, acoger y ser acogido y decidir colectivamente con garantías.

Si los gestos éticos son insuficientes, entonces necesitamos recuperar la dimensión política de la hospitalidad para ir más allá de acciones asistencialistas que, según Garcés, se limitan a ampliar un margen y recoger un conjunto de vidas pero sin que pasen a ser sujetos políticos y parte decisiva de la comunidad. Entender la hospitalidad como práctica política implica percibir los propios límites de las comunidades de acogida y sus códigos para poder cuestionarlos, desafiarlos y transgredirlos, hasta poder reconfigurarlos y definirlos en común, junto a quienes hasta ahora eran “los otros”. ¿Nos atrevemos? ¿Estamos dispuestos a que el otro también decida sobre cómo vivimos?, nos interrogaba Garcés.

Por eso, dar(nos) lugar y acoger también significa dar(nos) oportunidades y confiar, tender la mano y a-tendernos, predisponernos al otro y afectarnos, contar con el otro... hasta convertirnos en un “nosotros”. Desde el momento en que compartimos en el presente un mismo territorio y ecosistema, hasta convertirnos en vecinas: devenir vecinas por el mero hecho de a-vecinarnos y reconocernos, sin importar origen, identidades ni tiempo de permanencia, sino porque compartimos un destino común territorializado. Devenir vecinas (de bloque, barrio, ciudad...) por el hecho de llegar,

transitar, habitar y (re)crear un mismo lugar de formas singulares mientras nos afectan y decidimos cuestiones comunes territoriales. Así, con esta edición del proyecto Grigri Pixel 2019 nos planteamos:

**¿Cómo escalar esta práctica política hospitalaria y el devenir vecinas a una dimensión barrial y de ciudad?**

***¿Cómo facilitar los procesos de vecindad en un territorio concreto, como el barrio de Las Letras, atravesado por la tensión entre el tránsito y la permanencia, y en un contexto glocal donde proliferan la exclusión, las jerarquías de movilidad, las desigualdades y las fronteras?***